

Nueva ofensiva contra el hombre

Escribe: **ADRIANO TORRES GARCIA**

La ciencia progresa y en su avance científico el hombre se perfecciona y adquiere un poderío grande. Ese poderío tiene un límite puesto que las capacidades del hombre también son limitadas; de ahí que cada día con sus progresos comprueba la existencia de Dios, único ser que escapa a toda limitación por ser infinito.

En la actualidad se estudian casos científicos de gran interés que deben considerarse como avances importantes en la ciencia. Tal es el caso de los trasplantes de órganos humanos que ha impresionado profundamente al mundo de hoy.

Esto, de ninguna manera significa que el hombre logre ser creador de seres espirituales, es decir, fabricar otros hombres en un laboratorio. No se debe confundir el hecho de conservar órganos vivos para prolongar la existencia, con crear vida para el hombre. El materialismo ha llegado a cometer errores tan lamentables como el caso de ignorar la existencia de Dios en toda la creación y pretender hallarlo en determinadas zonas espaciales como ocurrió al cosmonauta Titov quien declaró que Dios no existía, porque no se había encontrado con El en el cosmos.

La falla fundamental del materialismo radica en que no reconoce que "fuera de Dios solo son posibles participaciones de la perfección, las cuales como tales participaciones no tienen cabida en Dios". Este es un concepto del padre Pedro Lippert.

La diferencia sustancial entre el materialismo que afecta al hombre de hoy y la concepción cristiana del mundo estriba en que esta tiene todo el interés en los hombres como seres espirituales. No debemos olvidar que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma y que a este compuesto el alma le da categoría superior sobre los demás seres vivos.

De la estrecha unión entre el cuerpo material y el alma espiritual resulta un ser espiritual-corporal con características superiores a las de los demás seres creados y que procede directamente de Dios.

Los actuales experimentos hacen dudar, porque con audacia y procedimientos tendenciosos se pretende dar un triunfo al materialismo como es el hecho de convertir a seres humanos en conejos de laboratorio, con el fin de crear vida humana. Al final no se logrará

más que comprobar las limitaciones a que están sometidos los científicos y la ineficacia de las “técnicas” en el campo de la creación.

La prensa con su propaganda sensacionalista ha creado en las gentes el pánico sicológico para preparar el campo propicio en que germinen la confusión y la desesperanza.

No se pretende con estos conceptos negar la importancia de las investigaciones científicas, sino únicamente prevenir a las gentes, para evitar errores. Como despliegue de técnica, los injertos de órganos tienen innegable importancia y las operaciones han creado todo un suspenso como quien asiste a una película de Hitchok.

Algunos teólogos han tratado este tema con mucho acierto y explican que estamos en presencia de una nueva ofensiva para llegar a la negación del alma.

Creo que el problema radica no tanto en eternizar el cuerpo humano como en conservar la salud del espíritu, en encauzar la angustia metafísica y en combatir la desesperación que conduce a no desear la vida que los científicos nos ofrecen.

Lo cierto es que el hombre de hoy, en una era atómica, espacial y ultrasónica, busca con afán una respuesta a sus inquietudes y se refugia en la fe.

Las importantes conquistas científicas de nuestros tiempos llegarán a una meta no menos importante: lograrán comprobar su pro-

pio error. Ese error demasiado profundo para ser definido se puede sintetizar en el culto a la materia.

Recordemos la historia de la gran civilización pagana de la antigüedad que según Chesterton terminó al aprender cierta lección: “es decir, había acabado en su conversión al Cristianismo. Aquella civilización pagana había sido, en verdad, muy elevada”.

“No se debilitará nuestra tesis —prosigue Chesterton— sino que tal vez se robustezca diciendo que fue la más alta civilización de la Humanidad. Había descubierto sus artes, aun no rivalizadas, de poesía y de representación plástica; había descubierto sus ideales políticos y permanentes y su claro sistema de lógica y de lenguaje. Pero, por encima de todo, había descubierto su propio error que puede llamársele el culto de la Naturaleza”.

En la historia de la civilización y singularmente en la historia del desarrollo interno de la vida, es preciso reconocer que nunca los dogmas católicos han estado al margen de la vida.

Nuestras inquietudes sicológicas nos llevan forzosamente hacia un sistema filosófico cuya sencillez, precisión y vitalidad lo han hecho comprender y adentrar en la conciencia de millones de hombres. Es así como el catolicismo, en dos milenios ha sido tan fecundo y constructivo como ninguna otra doctrina ha logrado serlo.